

rra, en cooperación con su hermano Rodrigo, naturales de Trujillo. Entre los Becerras y el Concejo Truxillense, hubo diferencias de criterio sobre el precio de la obra que ya estaba comenzada en 18 de Mayo del 1573 y a ésto se refiere la Comisión que en el folio 556 r. del Libro Capitular de este año, dice literalmente deshecha la ortografía: «que se comete al Sr. Pedro Mexiá de Escobar haga tasar lo que está hecho en la portada de la Dehesa de las Yeguas y que se vea lo que tiene recibido Francisco Becerra, cantero y se cobre lo que hubiere recibido demás de lo que merece». En 22 de Junio siguiente, se lee este libramiento: «En este día se mandaron librar a Francisco Becerra, cantero y a Rodrigo Becerra, su hermano, cuatro mil maravedises de la obra de la portada de la Dehesa de las Yeguas conforme al parecer de los señores Pedro Mexiá e Melchor González». Parece ser que los Becerra no tuvieron que devolver demasía de cantidad alguna sino que aún el Concejo, les fué en abonar cuatro mil maravedises sobre lo antes recibido.

Esta portada, el corral «para los ganados mostrencos y que se acorralaren de los panes y dehesas» y la construcción de los muros que la cercaban y cerraban en toda su extensión, estaban terminados el 30 de Octubre del 1576. Fué el primer guarda y yegüerizo Juan Rentero. Las paredes del cercado corrieron a cargo de Martín Alonso Trabas y de Francisco González. Este algunas veces, trabajó también en la portada con los canteros Juan Vizcaino y Pedro de Plascencia, continuadores y ejecutores del proyecto Becerra. El cerrajero Santos García hizo las Puertas de hierro que desaparecieron en el siglo último pasado, sin que hayamos podido encontrar noticias de quienes las arrancaron y qué uso las dieron.

Hasta aquí, las notas históricas sobre esta portada. Están tomadas de los libros capitulares del Concejo de Trujillo, catalogado en su Archivo Municipal y perteneciente a los años 1573 a 1576.

PARTE ARTÍSTICA.—Detalladamente queremos estudiar esta magnífica portada tallada en piedra berroqueña y cuya luz es de 3'40 x 4'90. Su traza grecorromana, la cataloga en el período del Renacimiento clásico. Es esta obra un precioso y rico ejemplar de puertas en que los pedestales, columnas, entablamento y frontón y dentro de éstos, el zócalo, neto, cornisa, basas, fustes, capiteles, arquiteabes y friso, están tan bien definidos y armonizados, que causa admiración la minuciosidad de detalles unida a la recta disposición de todas las partes, realzando su gallardía y belleza el pulcro cincelado sobre duro granito.

Esta portada está flanqueada por dos columnas toscanas, coronadas por airoños abacos y ligeros astrágalos, con sus collarinos. Sobre las columnas, gravita el entablamento con su arquiteabe, friso y cornisa, sobre el cual descansa el frontón que determina un timpano triangular. Realzan la belleza de esta soberbia portada, tres flameros que la coronan en las intersecciones de las líneas triangulares del frontón y los escudos de Felipe II y de Trujillo que campean en los ángulos del timpano. Lleva por acroteras dos pirámides rectangulares sobre los lienzos de los muros laterales que son de mam-

postería concertada e inician la valla o cercado de toda la finca. En el friso tiene grabada la siguiente inscripción: «DEHESA DE LAS YEGUAS ECHA CON LICENCIA E FACULTAD DE LA CATOLICA Y REAL MAJESTAD DEL REY DON FELIPE II NUESTRO SEÑOR Y CON ACUERDO DE LA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE TRUJILLO, SIENDO CORREGIDOR DE ELLA JUAN DE HENAO Y COMISARIO DE LA OBRA PEDRO MEXIA DE ESCOBAR Y JUAN CASCO, REJIDORES. AÑO 1576».

Llamas de Capuchina

Por JOSÉ CANAL

Hay unos aparatos de luz que son las setas que nacen en las mesillas de noche.

Las puestas de sol tienen la melancolía del abandono y las salidas el alborozo de la reconciliación.

El *cicerone* es como ese chismoso que procura enterarse de todo y todo lo cuenta luego faltando descaradamente a la verdad.

La chimenea es a la casa como el rabito a la boina.

El agua en invierno tiene quijadas de frío.

El cartel mural es como la crítica de la comadre arrabalera; el programa de mano como la de la señora de más alto copete.

El aguardiente es una bebida camuflada.

La boca es el ojo del estómago y el bigote su ceja.

La tierra quiso lloverle al cielo y solo consiguió los surtidores.

El teléfono automático se inventó en realidad como antídoto contra esa reprobable costumbre de muchos de meterse los dedos en la nariz.

Secan el sol y el viento, pero el primero acaricia a la par.